

12-20-2011

## El asunto espinoso de una antología de escritoras

Liliana V. Blumm

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

 Part of the [Bilingual, Multilingual, and Multicultural Education Commons](#), [Creative Writing Commons](#), [Critical and Cultural Studies Commons](#), and the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

---

### Recommended Citation

Blumm, Liliana V.. 2011. El asunto espinoso de una antología de escritoras. *Revista Surco Sur*, Vol. 2: Iss. 4, 75-76.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.4.23>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss4/23>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact [digitalcommons@usf.edu](mailto:digitalcommons@usf.edu).

Liliana V. Blumm

## El asunto espinoso de una antología de escritoras

Como en muchas otras antologías, en *Óyeme con los ojos. De Sor Juana al siglo XXI. 21 escritoras mexicanas revolucionarias*, de Patricia Rosas Lopátegui (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2010) encontramos textos que varían ampliamente en contenido, tono, contextos, estrategias narrativas, y poéticas. Hay humor, melancolía, contemplaciones, tristeza y violencia. Colectivamente el libro no representa ningún ismo literario ni propone una filosofía o punto de vista sobre nada. Se trata de una muestra mínima del trabajo de 21 mujeres, unas vivitas y coleando, otras no. En todos los textos encontramos, eso sí, el elemento Sherezada: la urgencia de contar. Lo que se tiene que escribir, como si la vida dependiera de ello.

¿Son buenos los textos? No podemos juzgarlos por parámetros externos, como quien evalúa al bagre más grande del torneo midiéndole los bigotes. A los textos literarios tenemos que juzgarlos por la forma en la que nos impactan, por lo que nos hacen sentir o pensar. Este juicio depende de muchos imponderables subjetivos que al final aglutinamos bajo el mote de “nuestro gusto literario”. Yo qué puedo decir, siendo una de las aquí antologadas, felizmente vecina de algunas escritoras tan importantes para nuestra literatura, algunas hermosísimas, todas talentosas, muchas primeras lecturas de mi juventud y a quienes en algún momento emulé tal vez sin querer, o queriendo a lo descarado. Por lo mismo deben desconfiar de mi juicio cuando digo que este par de volúmenes forman un gran libro. Sé que es más fácil decir por qué algo es malo, que explicar por qué nos parece bueno. Pero me consta que escuchando (o leyendo) las historias que cuentan otros, aprendemos a contar las propias.

En esta antología vamos a encontrar fotos que capturan la belleza e intensidad de las escritoras: estoy pensando en Nahui Olin, Guadalupe Dueñas, Amparo Dávila, o Beatriz Espejo, por mencionar algunas. También hay entrevistas, visiones de terceros sobre las autoras e incluso obra

creativa basada o dedicada a ellas, en algunos casos. Personalmente creo que las entrevistas y leer sobre la vida real de los escritores pueden ser un arma de doble filo. A veces los grandes textos no coinciden con grandes personas. En otras ocasiones, las respuestas del entrevistado pueden disponernos para bien o para mal ante un texto. Hay quien prefiere no saber nada: el autor como un alimento crudo que puede indigestarnos; muchos prefieren comer las cosas cocinadas, como la obra de alguien. O podría ser que quien no guste de las entrevistas sea por esa superstición de mirar: ¿para qué arruinar una noche de magia espiando tras bambalinas, ver al mago ojeroso quitarse el maquillaje y guardar los conejos en las jaulas?

Pero algunos tenemos la ambición de saber más sobre un texto. No nos basta el nombre de su autor, queremos llegar más allá. Sin perder de vista que una entrevista es siempre una



Patricia Rosas Lopátegui

actuación (una actuación que nos puede revelar mucho más de lo aparente, claro). No olvidemos que las respuestas en una entrevista son selecciones bien delineadas de quien contesta. Lo que se omite, lo que se esconde, a veces nos dice mucho más que los grandes pronunciamientos. Así que debemos leer con cuidado, pero sin pensar tampoco que todo es un artificio perfectamente calculado: a veces el autor no quiere decir algo, o no lo sabe, se equivoca, o lo ha olvidado ya.

Ya sabemos pues qué cosas hay en esta antología. Pero lo espinoso del asunto es el hecho de que se trata de sólo escritoras. Hay colegas que aborrecen libros cómo éste y se ofenden por su mera existencia, y hay otras que los procuran porque saben que los espacios de los que gozan hoy se han ganado a codazos, empujones, desvelos y esforzándose el doble. También hay quien cree que ni siquiera tendría que estarse hablando de este tema.

Pensemos en Rosario Castellanos, Guadalupe Dueñas y otras que abrieron puertas prohibidas, del atreverse a decir lo que antes era indecible, y elevaron al nivel del arte, o al menos de la palabra escrita, material antes considerado sucio, anormal, o simplemente trivial y que por ello no debería tocarse siquiera. Nos llevaron a través de los pisos encerados de la domesticidad, por el olor de las papillas y de los pañales sucios, los tropiezos del matrimonio, y los pasillos de las relaciones: madre-hija, padre-hija. Nunca antes en la historia de la literatura, las mujeres se habían puesto a sí mismas bajo el microscopio, desde las uñas de los pies hasta sus propias neurosis.

En teoría, deberíamos de leer ciegamente: esto es, verlo todo, excepto al autor. O a la autora. Quedarnos con la voz, las imágenes, las ideas y nada más. Pensemos que están compiladas en la antología meramente porque es una casualidad enorme que todas tengan un par de cromosomas X. Se podría argumentar que se agrupan en un mismo libro porque son diferentes de los hombres, y lo que escriben es distinto también y no puede leerse con los mismos anteojos que los usados para leerlos a ellos. Aunque muchas escritoras se sienten inversamente discriminadas por estar incluidas en un libro aparte, también podemos decir: un libro con puras escritoras ¿y por qué no? Hay cientos de antologías que sólo compilan a escritores del sexo masculino. Baste echar una mirada al canon de mi tío Harold Bloom.

Por supuesto que ninguna escritora quiere ser pasada por alto y ser subestimada por ser mujer; al mismo tiempo, pocas quieren ser definidas

solamente por el género al que pertenecen. Todos los artistas y sus obras pueden sufrir por razones de clase, raza o nacionalidad, pero que yo sepa, hasta ahora, a ningún escritor hombre se le ha invitado a sentarse en una mesa para discutir los problemas particulares de un escritor. Tampoco se espera que un autor apoye a otro simplemente porque aquel es un hombre también. En cambio, las escritoras tienen que hacer esto con frecuencia, incluso hay cierta presión para que lo hagan, y creo que ésta es una de las razones por las que algunas se ponen ariscas ante la mera mención del tema.

Virginia Woolf hablaba de la naturaleza andrógina del artista. En términos de valorar el talento o los logros literarios, Virginia decía que importa un rábano a qué sexo pertenece el escritor mientras que el texto sea el de un verdadero escritor. Desafortunadamente, en la realidad sí ha importado y sigue importando para muchas personas. Todas aquí en la mesa, todas las del libro, si pudieran ahora, tendrían una historia que contar en torno a esto. En una entrevista a Joyce Carol Oates se le hizo la pregunta de cuáles eran las ventajas de ser una escritora. Ella se lo tomó con humor y contestó que eran muchas las ventajas, demasiadas para enumerarlas siquiera. También dijo: “Como soy mujer, no soy tomada en serio por los críticos literarios (hombres, todos ellos) que posicionan a los escritores en los rangos del primero, segundo o tercero mejor; entonces soy libre, creo, de hacer lo que yo quiera”. Katherine Ann Porter, en cambio, decía lo siguiente: “Si es que existe tal cosa como una mente masculina y una mente femenina (y estoy segura de que así es), no es lo que los críticos literarios quieren decir cuando aluden a estas mentes. Si yo demuestro sabiduría, entonces dicen que tengo una mente masculina. Pero si soy boba e irrelevante, entonces dicen que tengo una mente típicamente femenina”.

A pesar de todo lo que hemos avanzado, todavía existe una suerte de fascinación primitiva con el hecho de que las mujeres escriban, como la que se experimenta ante un mono entrenado para tocar la marimba. La fascinación no surge a partir de que puedan escribir bien o mal, sino de que lo hagan o intenten hacerlo, con el sobreentendido de que esa criatura, la mujer, no debería de poseer tales habilidades.

Y una que sólo quiere escribir bien y ser leída...

